

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
1. JESUCRISTO	9
2. SANTIDAD	17
3. ESTUDIO	25
4. ORACIÓN	35
5. VIVIR EN GRACIA	41
6. PECADO	47
7. CONFESIÓN	55
8. LA SANTA MISA	65
9. DIRECCIÓN ESPIRITUAL	73
10. APROVECHAMIENTO DEL TIEMPO	79
11. PRESENCIA DE DIOS	87
12. APOSTOLADO	95
13. FILIACIÓN DIVINA	103
14. TEMPLANZA	111
15. HUMILDAD	117
16. CARIDAD	125
17. ESPÍRITU DE SERVICIO	133
18. VOCACIÓN	139
19. SANTA PUREZA	147
20. UNIDAD DE VIDA	157
21. FORTALEZA	163

INTRODUCCIÓN

Estas páginas que tienes en tus manos están escritas con mucha ilusión al comienzo de un milenio y están dirigidas a todos los que quieran ser los primeros protagonistas del tercer milenio del Cristianismo, los que están entusiasmados por hacer un mundo más humano, más fraterno y más cristiano. En ellas se habla de santidad, de virtudes cristianas y humanas. También se recuerdan verdades de la fe cristiana.

He procurado hacer una exposición de cada tema de forma amena, con ejemplos y anécdotas, pero también con exigencias. Como se verá, no he pretendido *agotar* los temas, pues no es mi intención dar lecciones sino la de ayudar al lector a enfocar su vida según el espíritu del Evangelio.

Ojalá sirvan estas líneas para que te ilusiones a realizar una siembra de bien. Pídele a la Virgen María que tus pisadas –marcadas *en el amanecer de un Milenio*– sean huellas que puedan seguir otros en su encuentro con Dios.

1

JESUCRISTO

Hace ya algunos años, en el anterior siglo, un conocido personaje de la política (1), buen católico, miembro del gobierno de un país europeo, realizó un viaje oficial por motivos de su cargo a Asia, y más en concreto a Tailandia. En la capital de esta nación –Bangkok–, para un desplazamiento por asuntos particulares, como era ir a Misa –cosa que hacía todos los días, estuviera donde estuviera–, tomó un taxi. Una vez instalado en el vehículo, inició una conversación con el taxista. En un momento determinado de la misma, el ministro preguntó a su interlocutor: *¿Conoce usted a Jesucristo?* El conductor respondió con toda naturalidad: *No conozco a ese señor. Nunca he oído hablar de él.*

Hasta aquí la anécdota. Uno puede pensar que no es nada extraño que en un país como Tailandia, donde la mayoría de sus habitantes son budistas, y los cristianos apenas son un 0,63 % de toda la población, se

desconozca a Cristo. Pero también ocurre –y esto sí que causa extrañeza y pena– que muchas personas que viven en países de mayoría católica y que están bautizadas tienen una imagen borrosa de Jesucristo.

¿Quién es Cristo? A esta pregunta se han dado diversas respuestas, algunas de ellas bastante desafortunadas. Sí, ¿quién es Cristo?: ¿Un desconocido?, ¿un hombre del pasado?, ¿un revolucionario?, ¿un pensador?, ¿un político?, ¿el fundador de otra nueva religión?, ¿el Hijo de Dios?, ¿el Salvador del mundo?

¿Un desconocido? No, porque quien quiera puede conocer su vida, y sus enseñanzas las encontrará en las páginas del Evangelio.

¿Un hombre del pasado? Tampoco, porque Cristo vive. Es actual. Su mensaje está dirigido a todos los hombres de todas las épocas. Su palabra, por ser divina, es eterna. *Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos (2).*

¿Revolucionario? No, porque vino a predicar la caridad, el amor fraterno entre todos los hombres. Dio cumplimiento a la Ley. No utilizó medios violentos. Aceptó la situación política de su país. Bien claro dijo: *Dad a Dios lo que es de Dios, y al César, lo que es del César (3).*

¿Un pensador? No. ¿Un político? Rotundamente no. Cuando quisieron hacerle rey, Él rehusó. Su misión no era libertar a su pueblo del poder romano.

Sí fundó la Iglesia. No una nueva religión sin más, sino la única verdadera, la auténtica, la querida por Dios: la Religión Católica.

Jesucristo es el Hijo de Dios hecho hombre. Dios mismo. El Salvador del mundo. En el Credo de la Misa (4) está la respuesta a la pregunta: *¿Quién es Cristo?: Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del Cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al Cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y a muertos, y su reino no tendrá fin.*

Y *¿qué ha dicho Jesucristo de sí mismo?* Jesús afirmó que era el Mesías. En la conversación que tuvo con una mujer samaritana, en un momento de la misma, ésta dijo: *“Sé que está por llegar el Mesías (el llamado Cristo); cuando Él venga nos instruirá en todo”.* Entonces Jesús le dijo: *“Soy yo, el que habla contigo”* (5). Sí, es el Mesías que Dios prometió a nuestros primeros padres después de la caída de éstos para salvar al género humano, liberándolo de la triple esclavitud del pecado, del demonio y de la muerte.

También dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (6). En la Jornada de la juventud del año 1989, celebrada en Santiago de Compostela, el papa Juan Pablo II preguntaba a los jóvenes allí presentes si habían descubierto ya a Cristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida. Y a continuación dijo: *Sí, Jesús es –para nosotros– un camino que conduce hacia el Padre, el único camino. El que quiera conseguir la salvación, deberá tomar ese camino. Vosotros, jóvenes, a menudo os encontráis en una encrucijada, sin saber cuál es el camino que debéis elegir, ni adónde ir; son muchos los caminos errados, como también las propuestas fáciles y las ambigüedades. No olvidéis, en esos momentos, que Cristo –con su Evangelio, su ejemplo y sus mandamientos– es siempre y sólo el camino más seguro que desemboca en una felicidad plena y duradera. (...) La verdad es la exigencia más profunda del espíritu humano. Los jóvenes, sobre todo, están sedientos de la verdad sobre Dios, el hombre, la vida y el mundo. Cristo es la palabra de verdad pronunciada por Dios mismo como respuesta a todos los interrogantes del corazón humano. Es Él quien nos revela plenamente el misterio del hombre y del mundo. (...) Cada uno de vosotros desea ardientemente vivir su propia vida en toda plenitud. Vivís animados por grandes esperanzas y muy buenos proyectos para el futuro. No olvidéis, sin embargo, que la verdadera plenitud de la vida se encuentra sólo en Cristo, muerto y resucitado por nosotros. Solamente Cristo puede llenar, hasta el fondo, el espacio del corazón humano. Sólo Él da valor, el valor y la alegría de vivir, y esto a pesar de los límites u obstáculos externos* (7).